

EL número 16 de la REVISTA DE LA UNIVERSIDAD (publicación de la casa de altos estudios de La Plata) en su sección "Testimonios", dedica a Juan B. Ambrosetti una justiciera nota de Miguel Angel Andretto.

El autor trata un aspecto poco recordado de aquel infatigable investigador de las ciencias antropológicas, muerto en la plenitud de su fecunda existencia. Evoca a Ambrosetti cuentista, destacando dos de sus sabrosos relatos con sus correspondientes seudónimos, fecha y edición, para concluir en que "Urge, entonces, la imprescindible exhumación de su obra para poder discernir justicia con toda imparcialidad e incorporar un nombre de lustre indiscutible a la literatura nuestra".

Conocedores de su obra —aunque no en la totalidad—, a través de la palabra escrita o la voz entrañable, compartimos la valoración de Andretto, como éste comparte la de Suárez Danero. Porque creemos, como Buffon, que el estilo es el hombre.

En la bien documentada nota que nos ocupa sólo encontramos un error, que no altera su esencia. Pero nos da pie para una rectificación que, tácitamente, acentúa el homenaje merecido por doña María Elena, matrona que nos honra con su amistad.

El párrafo que en su oportunidad pasamos por alto dice: "Además, nos cons-

ta por fuente de su señora esposa doña María Elena Holmberg, emparentada al célebre naturalista y colaborador de la revista "Caras y Caretas" y aún sobreviviente en el barrio San Antonio de la ciudad de Gualeguay (Entre Ríos), que escribía casi diariamente" (el subrayado es nuestro).

Doña María Elena no ha vivido nunca en Entre Ríos. Su domicilio estuvo siempre en Buenos Aires. Ha viajado mucho, sí, con las respectivas y circunstanciales residencias. "Hace quince o veinte años —nos dice— estuve dos días en Gualeguay. Fue mi único viaje a Entre Ríos. Quería visitar la tierra donde nació Juan B." De allí, posiblemente la anotación errónea.

La respetable señora, algo más que "emparentada al célebre naturalista" porque era su hija, colaboró primero con su padre y más tarde con su marido.

—¿Cómo se conocieron?

—Ambrosetti admiró primero al sabio Holmberg. Tenía catorce o quince años y para llegar al maestro, buscó la complicidad de Enrique Lynch Arribálzaga. Este, usó como pretexto un insecto de "dudosa" clasificación, del que fue portador el joven aspirante... a la investigación científica, porque yo, en ese entonces, tenía dos o tres años. Transcurridos muchos más, la alegría de papá desbordó hasta las lágrimas cuando el discípulo

EVOCACIÓN

querido como un hijo le pidió mi mano. Al casarnos, Juan B. tenía treinta y tres años y yo veintiuno.

Hay serena emoción en el relato. "Los dibujos ilustrativos en las obras de J. B. son míos. Los firmaba Nelly. Nelly era el personaje de una novelita sentimental de papá. Esto, que no vale la pena, no lo repitan". Perdón.

Aunque la conversación es amena y no falta la nota de buen humor (humorismo de buena ley, heredado, compartido y cultivado, y huelga la aclaración), está presidida por un espíritu austero. Son vidas de fe, de labor responsable, de donaciones que honran a la cultura nacional, de talentos bien administrados.

Presente en todo momento la historia a través de evocaciones y citas, Jujuy vuelve a nuestra memoria en viajes de investigación científica de Holmberg primero, de Ambrosetti después y de su descendencia, emparentados en aquella provincia y obligados por el bronce y la piedra de dos monumentos: el de la Independencia, en Humahuaca (el Barón

Holmberg —fundador de la familia en el Plata— tuvo, entre otras, la gloria de acompañar a San Martín cuando vinieron a apuntalar con sus espadas la causa de Mayo, y a Belgrano en su campaña que lo identifica con la primer Bandera Nacional) y el que perpetúa los nombres de los arqueólogos Juan B. Ambrosetti y Salvador Debenedetti entre los cardones del Pucará tilcareño.

Antes de pasar a otros temas, nuestra distinguida amiga menciona la ley del 3 de junio de 1943, por la que se disponía la edición de las obras de Ambrosetti. Los hechos del día siguiente dejaron el "cúmplase" sin efecto.

Alguien dijo que la mujer es pedestal o lápida para el hombre. Tal vez exageró. Pero que en pequeña o en grande medida contribuye a erigirle la estatua o a hundirlo bajo la losa, no hay lugar a dudas.

El año próximo se cumplirá el centenario del nacimiento de Ambrosetti. Quede la presente aclaración como anticipo del homenaje correspondiente.